

LIBROS

Walter Benjamin: Mhicano de París

Hace poco más de medio año, Walter Benjamin irrumpió con carácter de verdadero acontecimiento cultural en el brumoso laberinto editorial de nuestro país (1). Su advenimiento —no por tardío, innecesario— provocó ciertas situaciones de perplejidad ideológica y excitó algunos leves pruritos, polémicos más o menos enmohecidos por un explicable desuso. Ahora, tras un plazo lo bastante amplio para permitir una cabal digestión de aquella primera entrega benjaminiana, nos llega el segundo volumen de las «Iluminaciones» (2), dedicado íntegramente a un solo tema: Baudelaire y su tiempo.

En rigor, no es el personaje de Baudelaire quien ocupa de forma exclusiva el contenido de estas páginas. Durante más de diez años —desde 1927 a 1940— Walter Benjamin había abrigado el propósito de elaborar un estudio global (histórico, sociológico y filosófico) sobre el siglo XIX. Y así como consideraba que París era sin lugar a dudas el arquetipo metropolitano de la naciente sociedad industrial, estimaba que Baudelaire —un Baudelaire caracterizado por sorprendentes atisbos de lucidez y, al mismo tiempo, por insoslayables contradicciones personales— representaba con toda fidelidad la figura del «poeta en el esplendor del capitalismo».

Pero Walter Benjamin no

(1) Walter Benjamin: «Iluminaciones/1». Prólogo y traducción de Jesús Aguirre. Ed. Taurus. Madrid, 1971. (Véase también: «Walter Benjamin, entre nosotros». TRIUNFO, número 478.)

(2) Walter Benjamin: «Iluminaciones/2» (Baudelaire: un poeta en el esplendor del capitalismo). Prólogo y traducción de Jesús Aguirre. Ed. Taurus. Madrid, 1972.

llegó, por desgracia, a ver cumplidos sus proyectos. Cuando tuvo que huir de París, perseguido por la amenaza hitleriana —amenaza que le atañía doblemente, como marxista y como judío—, entregó los originales de su obra a Georges Bataille. Se trataba de un material fragmentario, redactado en diversas etapas y carente de una estructuración definitiva. Walter Benjamin había decidido dar a su libro el título de «La obra de los pasajes», título que —como señala Jesús Aguirre, su traductor y prologuista— «descubre la falta de énfasis doctrinal con que Benjamin acometía su propósito». Así, pues, las «Iluminaciones 2» constan de tres entregas con unidad propia, pero relacionadas entre sí por el vínculo común del objeto tratado: el París de Baudelaire.

No es de extrañar que Walter Benjamin haya centrado su investigación histórica en el marco de la realidad cotidiana de París. Benjamin —parisiense adoptivo, «flâneur» irremisible, angustiado y solitario «hombre de la multitud»—

—y concretamente a Baudelaire—, Benjamin escribió: «... está en el umbral tanto de la gran ciudad como de la clase burguesa. Ninguna de las dos le ha dominado. En ninguna de las dos se encuentra como en su casa. Busca asilo en la multitud». Lo firmaba del autor de «Les Fleurs du Mal», pero podía haberlo afirmado de sí mismo. Ambos gustaron del «spleen» de París; ambos bebieron «le vin du solitaire», ambos conocieron el paisaje interior de las calles, ambos se sintieron en más de una ocasión semejantes a aquellos indios mhicanos a quienes la imaginación de Dumas o de Paul Féval situara en el centro de paradójicas aventuras urbanas. Aunque a muy distintos niveles, Baudelaire y Benjamin estuvieron sometidos a esa sutil «poesía del terror» propia de quienes se saben supervivientes en un medio hostil, y, sin embargo, ferozmente hermosos...

Ignoro hasta qué punto presintió Walter Benjamin los puntos de contacto que le unían al gran poeta maldito. En todo caso, esas afi-

mohicano, Walter Benjamin ha sido acaso el único gran «flâneur» del marxismo. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

La ambigua fábula moral de William Golding

«He discutido algunas de las razones probables de la popularidad de las explicaciones de Ardrey y Lorenz sobre las supuestas causas (biológicas y ecológicas) de la agresividad humana... incluyendo novelas como El señor de las moscas, de William Golding, y el estudio zoológico El mono desnudo, de Desmond Morris, que sirven para subrayar el carácter punitivo de la Naturaleza... En un mundo en que la hostilidad y la agresión parecen ser parte de la naturaleza de cada hombre... es de agradecer que a uno le digan que, efectivamente, de eso se trata... Si uno ha nacido con agresividad innata, entonces no se le puede culpar por ello». Es significativo que en 1968, a los catorce años de la publicación de la popular obra de Golding, sea citada por el biólogo, genetista y antropólogo Ashley Montagu en su prólogo a un apasionante «reading» sobre la agresividad (1). La obra de Golding, en efecto, tal como apunta su actual editor (2), «se limita a ofrecer un rico material simbólico susceptible de lecturas diversas y aún opuestas». Y, desde luego, una de las lecturas, y precisamente la más generalizada —aquella a la que se enfrenta Montagu—, es la que deduce de la obra una clara oposición cultura-Naturaleza, represión-agresividad, o lo que es lo mismo, cultura = represión, naturaleza = agresividad.

La lectura opuesta, según el editor, es la que entiende El señor de las moscas como «una requisitoria moral contra una educación represiva que no hace sino preparar las brutales explosiones de barbarie que monótonamente se producen cuando las coerciones institucionales de las sociedades basadas en la dominación y la violencia se relajan».

(1) Ashley Montagu, «Hombre y agresión», Kairós. Barcelona, 1970.

(2) William Golding, «El señor de las moscas», Alianza Editorial. Madrid, 1972.

Planteadas así las cosas al margen de los valores narrativos de la obra de Golding —valores indiscutibles; la novela se lee de un tirón—, la discusión se centra automáticamente en la validez o invalidez de ese «rico material simbólico» que el autor pone en manos del lector para que éste interprete a la medida de sus afinidades.

Cabe preguntarse en este punto: cuando una narración se emprende con intención simbólica, cuando una narración es concebida por el autor en tanto que fábula moral, ¿hasta qué punto se es congruente con la intención creadora, desde el momento en que la fábula resulta ambigua y el símbolo no es tal símbolo en tanto que permite interpretaciones contradictorias? La ambigüedad en la interpretación, ¿no corresponderá a una ambigüedad en los datos ofrecidos para su lectura? Y la ambigüedad de los datos, ¿hasta qué punto es consecuencia de una falta de claridad en su comprensión en el acto mismo de su creación? En otras palabras, los defensores de la «requisitoria moral contra una educación represiva» encuentran su justificación en la descripción que Golding hace de el coro de niños uniformados y jerarquizados que más tarde se convertirán en asesinos de sus propios compañeros. Pero los defensores de la otra versión tampoco necesitan rebuscar entre líneas para justificarse: la Naturaleza aparece en todo momento como «punitiva», el proceso de dominio de esta Naturaleza —la caza, por ejemplo— aparece ligado lógicamente y naturalmente a una institucionalización de la agresividad entre la comunidad de niños, la «salvación» viene representada por un impecable oficial de la Marina, revólver en cinto, etcétera... En una palabra, esa apasionante y polémica narración que es El señor de las moscas aparece como una pequeña pieza maestra, en tanto que retrato de lo que realmente pudo suceder a unos niños perdidos. En tanto que fábula moral permite de hecho diversas lecturas, es decir, reafirmará al lector en sus previas posiciones. Porque para que la lectura no resultara ambigua, para conocer exactamente las últimas razones de los acontecimientos de la isla, faltan datos o, lo



necesitaba, para reconstruir hechos y situaciones, tanto de los datos objetivos como de la materia viva y palpante. Walter Benjamin podía «aprender» un mundo pasado a través del «aura» de las cosas presentes; estaba específicamente dotado para jugar con la inmanencia del tiempo y del espacio. Era capaz de revivir a Baudelaire.

Refiriéndose al «flâneur»

nidades se disolvían al rozar el terreno de lo político. Mientras Baudelaire fue a lo sumo un penetrante «voyeur», Benjamin se sumergió hasta el cuello en un compromiso ideológico voluntariamente asumido. Pero se sumergió, por así decirlo, a su manera. Porque Benjamin pudo ser —y de hecho lo fue— un magnífico heterodoxo. Sin tortuga peripatética ni plumas de